



El siglo de la clínica

Para una teoría de práctica psiquiátrica

Madrid 2004. Novalia Electronis Editions. Novallas (Zaragoza)

Roberto Martínez de Benito

Psiquiatra. León.

Rafael Huertas es Jefe del Departamento de Historia de la Ciencia (CSIC), Director, desde su fundación en 2001, de la revista "Frenia", autor prolífico de numerosos artículos y monografías, habitual colaborador de la Revista de la A.E.N., y miembro de diversas sociedades científicas, entre muchos otros méritos.

Recientemente ha publicado su última monografía. En palabras del autor, "el objeto final del presente ensayo es estudiar los principales contenidos del discurso psiquiátrico encaminado a la práctica clínica y procesado desde el nacimiento del alienismo en el tránsito del siglo XVIII al XIX hasta la descripción en 1911 de la esquizofrenia...", centrándose para ello en la producción psiquiátrica francesa y teniendo en cuenta las dos cuestiones fundamentales que constantemente pivotan en el intento de aprehensión del conocimiento psiquiátrico: la consideración única o múltiple del trastorno mental y la confrontación entre ciencias de la naturaleza y ciencias del espíritu.

Previamente establece dos puntos de partida historiográficos y epistemológicos que le guiarán hacia este objetivo:

1. La necesaria relación entre historia y clínica psiquiátrica ya que —muy resumidamente— sólo la recuperación de una visión de la historia de la psiquiatría puede librar a la misma de su disolución ante el empuje de las modernas neurociencias, citando a diversos autores extranjeros; pero también

a los españoles J. M. Álvarez y Francisco Pereña. Todos estos autores, y muchos otros, son fuentes a lo largo de la obra.

2. La historia de la psiquiatría como un instrumento para la confección de "una teoría de la práctica" para lo que el autor estima necesario una "interacción dinámica" entre los historiadores, que desde un enfoque multidisciplinar, y teniendo en cuenta el paso del tiempo, ponga en evidencia la necesidad epistemológica de que el psiquiatra accede a un marco conceptual, en el que la historia puede y debe cumplir un papel preponderante. Además, afronta esta "teoría de la práctica" desde un modelo caro al autor, "desde abajo", investigado en la documentación clínica y administrativa de los manicomios y gabinetes lo que realmente se hacía, y cómo el esfuerzo teórico de los clínicos se reflejaba en unos escritos.

Muy a grandes rasgos divide el trabajo en IV capítulos:

1. **La medicalización de la locura:** en la que describe el nacimiento de la clínica de mano de Pinel, quien separa el concepto de locura y alienación mental, haciendo de ésta última una enfermedad (en singular) y en tanto cuál, objetivo de un tratamiento único: el tratamiento moral, que, a su vez, deberá aplicarse en instituciones especializadas y por los nuevos profesionales (los alienistas).



He aquí ya plasmada la idea “unitaria” de alienación (en singular) que da lugar al paradigma alienista.

Además revisa el concepto de la “pazzia” de Chiarugi, también unitario.

Continúa con un análisis de la obra de Esquirol, haciendo un reordenamiento comprensible de su propuesta de una nosografía, una semiología y una psicopatología, desde una visión anatomoclínica.

Estos desarrollos pinealianos y esquirolianos desembocaron en el constructo de “**monomanía**”, que tuvo importantísimas repercusiones clínicas y medicolegales, casi más importantes éstas que las primeras, pues el concepto se convirtió en un instrumento político de primer orden, en el marco —bien pergeñado por el autor— de la Francia posrevolucionaria.

Sin embargo, entrevé en Esquirol el germen que recogerían Falret y Baillager para el “aislamiento” de enfermedades (en plural), por su proximidad al método anatomoclínico y la instauración de una nosografía, que niega —obviamente— la especie única.

- II. **La somatización del alma:** aborda el paulatino decalaje hacia una visión “corporalizada” de las enfermedades mentales, que tienen como punto de partida la aracnoiditis crónica descrita por Bayle como primera lesión anatómica de una enfermedad mental, aunque cree que Bayle está menos alejado de la ortodoxia pineliana de lo que defienden otros autores. Continúa con la discusión del descubriendo de las lesiones en la Parálisis General Progresiva luética y su repercusión en las teorizaciones clínicas al respecto del origen “cerebral” de la enfermedad mental.

Los siguientes puntos van destinados a esclarecer el nacimiento de la teoría de la degeneración en la especie humana

propugnada por Morel y su repercusión en los clínicos y la nosografía posterior; también se discute la diferencia entre el término demencia precoz que introduce este autor y la *dementia precox* de Kraepelin, así como la distancia —aún vigente— de concepciones entre la psiquiatría francesa y alemana.

Interesante, aunque excesivamente sucinto para mi gusto, el repaso a los delirios crónicos a través de la exposición de las ideas al respecto de Seglas, Serieux, Capgras Chaslin, etc.

- III. **Bordeando la ortodoxia alienista:** en el que se habla de Guislain y su concepción menos organicista y más unitaria basada en el concepto de dolor moral o frenalgia.

También la “psicosis unitaria” está presente a través de varios autores como Griesinger y Kahlbaum y nuestro Bartolomé Llopis entre otros.

Y para finalizar, el capítulo, la gran burladora de la ortodoxia: la histeria, y cómo se enfrentan los clínicos a este constructo, a través de las visiones de Charcot, Briquet, Lasegue, etc. Los neurólogos frente a los alienistas. Muy bien documentado el “gran ataque histeroepiléptico” descrito por Charcot y dibujado, fotografiado y sistematizado por el dibujante Richer y el fotógrafo Londe.

- IV. **Dilemas terapéuticos:** este último capítulo describe el auge y declive del tratamiento moral.

De Leuret (ver “El tratamiento moral de la locura”, libros de Historia de la A.E.N., n° 11) con la intimidación como terapia, pasando por la “distracción de la locura” (en algunos sitios en nuestra era la llaman aún laborterapia), al “non restraint” proveniente de Inglaterra y que postula el abandono de

la violencia y el temor hacia los alienados, dando a cambio dulzura, mansedumbre y moderación a los mismos (¿realmente esto es sólo historia?).

En ningún momento la lectura se hace densa, y el estilo es fluido. Si cabe, quizás por una extensión que yo creo algo corta, quedan algunas ideas sólo apuntadas y se echa en falta un mayor desarrollo que daría a la monografía un mayor peso, aunque estoy seguro que el autor hará nuevas y esclarecedoras incursiones en el tema.

El tratamiento que da a la obra de los autores pudiera aparentar, por la equidistancia entre teorías en la que parece situarse, tibieza para algunos, pero desde esa situación más neutral, el análisis del lector a través de sus propias teorías o visiones son más posibles y universales. Dado que el objetivo es dirigirse a todos, para presentar la historia como instrumento posible para generar un saber actual, la libertad que da para que cada cuál lea la monografía desde sus propios postulados teóricos, es muy de agradecer. Lástima las numerosas erratas que ha filtrado la editorial y que —sé a ciencia cierta— han contrariado extraordinariamente al autor cuyo objetivo es el trabajo bien, muy bien, hecho.

Para terminar, añadir que la lectura es —desde mi punto de vista— de obligado cumplimiento para los que quieran huir de este pretendido reino científico ateorico (aberración, como muy bien explica al inicio

Rafael Huertas) de la DSM que ha suplido la psicopatología por la receta de síntomas, que “metidas” en un ordenador, generan (¿como las tragaperras!) un diagnóstico y nos llevan a una píldora que también se elige por “consenso” (ver “Monte Miseria” novela de Samuel Shem).

Cabe que sin historia, ni psicopatología, los psiquiatras en breve tiempo seamos superados por “sistemas robotizado inteligentes”, que sólo tienen que oír —que no escuchar— ciertas palabras guía para efectuar un diagnóstico y dispensar una receta.

Diría yo que quién no sabe de donde viene, apenas sabe lo que encuentra. ¿No teneis, al menos algunos, la impresión de que los hacedores del DSM desde su “soberbia de lo todo nuevo” (¡ah esta vieja y caduca Europa!) han optado por subirse en un pequeño mojón, despreciando los “hombros de gigantes” y “reinventado” ralmente descripciones clínicas antaño magníficas y esclarecedoras a “primera vista” (recordar que el XIX es el siglo de la clínica de la mirada)?

Espero disfrutar de los siguientes trabajos y que la lectura de esta monografía y del resto de la obra de Rafael Huertas y de otros autores españoles sobre cómo se ha ido configurando el quehacer y la teorización del mismo en nuestras disciplinas “psi” se conviertan en un lugar común para, sobre todo, aquellos que inician su formación y a los que sólo se les ofrece el recetario de trastornos al uso como único saber.

